

caballero de la cruz bermeja, háselo dado Dios á España por patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que, con los moros, los españoles han tenido; y así, le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan." Mudó Sancho plática, y dijo á su amo: "¡Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la duquesa! ¡bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman *Amor*, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que, con estar lagañoso, ó, por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas! He oido decir tambien, que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero, en esta Altisidora, mas parece que se aguzan que despuntan.—Advierte, Sancho, dijo Don Quijote, que el amor, ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores; y, cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es, quitarle el temor y la vergüenza; y así, sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusion que lástima.—¡Crueldad notoria! dijo Sancho; ¡desagradecimiento inaudito! Yo, de mí, sé decir que me rindiera y avasallara la mas mínima razon amorosa suya. ¡Hi de puta, y qué corazon de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced, que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brio, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas, ó todas juntas, le enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced, desde la punta del pié hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir, que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre.—Advierte, Sancho, respondió Don Quijote, que hay dos maneras de hermosura: una, del alma, y otra, del cuerpo: la del alma, campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso; pero tambien conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser mónstruo, para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho." En estas razones y pláticas, se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba; y á deshora, sin pensar en ello, se halló Don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas; y, sin poder

imaginar qué pudiese ser aquello, dijo á Sancho: "Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar. ¡Que me maten, si los encantadores que me persiguen no quiéren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido! pues mándoles yo, que aunque estas redes, si, como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes, ó mas fuertes que aquella con que el zeloso dios de los herreros enredó á Venus y á Marte, así la rompiera como si fuera de juncos marinos ó de hilachas de algodón:" y queriendo pasar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado; digo, que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro: traian los cabellos sueltos por las espaldas, que, en rubios, podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote, hizo parar al sol en su carrera, para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin, quien primero habló, fué una de las dos zagalas, que dijo á Don Quijote: "Detened, señor caballero, el paso, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo, ahí están tendidas: y porque sé que nos habeis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que, con sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes, nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos, las doncellas, de zagalas, y los mancebos, de pastores: traemos estudiadas dos églogas: una, del famoso poeta Garcilaso, y otra, del excelentísimo Camões, en su misma lengua portuguesa, las cuales, hasta ahora, no hemos representado: ayer fué el primero dia que aquí llegamos: tenemos, entre estos ramos, plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman *de campaña*, en el márgen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza: tendimos, la noche pasada, estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos que, ojeados con nuestro ruido, vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, sereis agasajado liberal y cortesmente; porque, por ahora, en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía." Calló, y no dijo mas: á lo que respondió Don Quijote: "¡Por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar mas suspenso ni admirado Anteon, cuando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza! Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra

la profesion mia sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa: y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por dó pasar sin romperlas; y por que deis algun crédito á esta mi exageracion, ved que os lo promete por lo menos Don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre.— ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entonces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Vés este señor que tenemos delante? pues hágote saber, que es el mas valiente y el mas enamorado y el mas comedido que tiene el mundo, si no es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leído. ¡Yo apostaré que, este buen hombre que viene consigo, es un tal *Sancho Panza* su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen!— Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo Don Quijote de la Mancha historiado y referido.— ¡Ay! dijo la otra; supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello; que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho; y, sobre todo, dicen dél que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal *Dulcinea del Toboso*, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura.— Con razon se la dan, dijo Don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo.” Llegó en esto, adonde los cuatro estaban, un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas, que, el que con ellas estaba, era el valeroso Don Quijote de la Mancha, y el otro, su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leído su historia. Ofreciósele el gallardo pastor; pidióle que se viniese con él á sus tiendas; húbolo de conceder Don Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo; llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que, engañados de la color de las redes, caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran Don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas; hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron á Don Quijote dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quijote la voz, y dijo: “Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse, que de los *desagradecidos está lleno el infierno*. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon; y si no puedo pagar las buenas obras

que me hacen, con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y cuando estos no bastan, las publico, porque, quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara con otras, si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrechez y cortedad, en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así, digo, que sustentaré dos dias naturales, en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas, que aquí están, son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, excetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.” Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz, dijo: “¿Es posible que haya en el mundo personas que se atreven á decir y á jurar, que este mi señor es loco? Digan vuestas mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ¿ni hay caballero andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?” Volvióse Don Quijote á Sancho, y encendido el rostro, y colérico, le dijo: “¿Es posible, ¡oh Sancho! que haya en todo el orbe alguna persona que diga, que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla, y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante: vamos á poner en efecto mi ofrecimiento; que, con la razon que va de mi parte, puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla.” y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian, con todo esto salió Don Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho, sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto, pues, Don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: “¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes! sabed, que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que, á todas las hermosuras y cortesías del mundo, exceden las que se